

LINDA
CARLINO

JUANA



boveda

Título original: *That Other Juana*

Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2017

Escrito por Linda Carlino

© Charles Carlino
© traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2017
© de esta edición: Bóveda, 2017
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-40-1
Depósito legal: SE. 140-2017
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

ESA OTRA JUANA	9
CONTEXTO HISTÓRICO	11
ÁRBOL GENEALÓGICO	12
MAPA DE ESPAÑA	13
MAPA DE LOS PAÍSES BAJOS	14
PRIMERA PARTE: MATRIMONIO	
Capítulos 1-33	17
SEGUNDA PARTE: VIUDEZ	
Capítulos 34-54	259
EPÍLOGO	447
BIBLIOGRAFÍA	451
AGRADECIMIENTOS	453

ESA OTRA JUANA
JUANA I DE ESPAÑA

Una historia de amor obsesivo, pasión desenfrenada y traición cínica y cruel.

La reina Juana de España era hija de Isabel y Fernando, y hermana de Catalina de Aragón. Juana fue el instrumento necesario para crear las poderosas casas de los Habsburgo en España y Austria, que reinarian durante siglos. Tres hombres negaron despiadadamente a Juana su poder y su posición a lo largo de su vida: su marido, Felipe; su padre, Fernando y su hijo, Carlos.

Soportó con valentía y determinación los continuos castigos físicos y mentales a que la sometieron, y fue su espíritu de rebeldía el que la llevó a merecer injustamente el sobrenombre por el que se la recuerda: Juana la Loca.

CONTEXTO HISTÓRICO

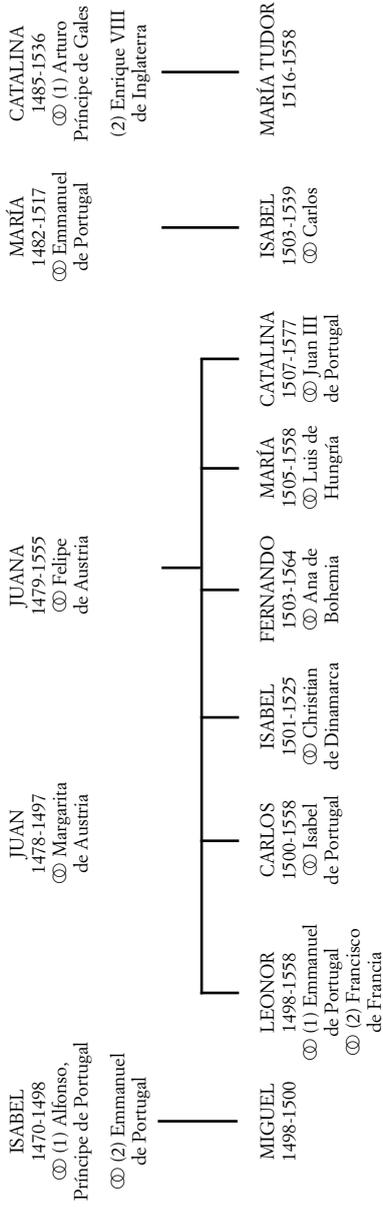
LA HISTORIA DE JUANA TRANSCURRE ENTRE LOS AÑOS 1496 y 1555, principalmente en España, pero también con un período en los Países Bajos y un breve intervalo en Francia e Inglaterra.

Es la época en que los reyes católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, intentan fortalecer su nuevo reino de España. Su objetivo era proteger al país de amenazas externas y ampliar su influencia en Europa acordando matrimonios estratégicos para sus hijos, como el de Catalina de Aragón con Enrique VIII. La inesperada muerte de los dos hijos mayores hizo que Juana, la menos idónea para un matrimonio político y la sucesión al trono, tuviera que soportar ambas cargas.

Este relato es fiel a los hechos históricos, salvo algunos detalles que facilitan y mejoran la narración. El diálogo interior de los personajes, sus pensamientos y algunos de sus actos son, en su mayoría, fruto de la imaginación y la intuición de la autora, aunque siempre relacionados con hechos conocidos.

ÁRBOL GENEALÓGICO

ISABEL = FERNANDO



MAPA DE ESPAÑA



*La península ibérica
en tiempos de
Isabel y Fernando*

MATRIMONIO

CAPÍTULO 1

EN LA CABEZA DE JUANA SE AGOLPABAN LAS ESPERANZAS y los temores de una muchacha que acababa de cumplir dieciséis años. El pulso le cerraba la garganta, y le costaba respirar.

Salió precipitadamente de su dormitorio y recorrió la galería del primer piso, seguida de cerca por sus damas y su joven esclava, Zaida. Sus pensamientos estaban en la Cámara del Consejo. Centinelas y cortesanos se miraban unos a otros con imperceptibles y compasivos movimientos de cabeza. El agradable olor a lavanda que desprendían los recios arcones y el suelo de roble recién encerado, su fragancia favorita, no tenía hoy ningún encanto.

Sabía por qué la había llamado su madre, la reina. Claro que lo sabía. Esperaba con tanta ilusión como temía la llegada de este momento desde que se firmó el contrato, no hacía mucho tiempo, aunque también se había atrevido a desear que se retrasara algunos años.

Pero esta fría mañana de enero de 1496, un día que iba a grabarse para siempre en su corazón, la habían convocado a

una audiencia oficial. No cabía duda de cuál era el propósito. No podía ser otro que el de comunicarle que las negociaciones matrimoniales habían terminado y se había fijado la fecha de su partida.

—Zaida, me mandan al exilio... Me destierran de España. —Juana pronunció estas palabras ahogándose, con la voz entrecortada—. ¿Cómo voy a vivir en ese país, tan lejos de aquí? El viaje es demasiado largo y peligroso. Estaré apartada de todo lo que más quiero. No volveré a ver a mi familia. Lo sé. Me sentiré perdida y olvidada.

Se detuvo cerca de la esquina, junto a las escaleras del patio, y aspiró una ráfaga del aire helado que subía con sigilo. Se sacudió la falda de terciopelo verde con los dedos inquietos.

Zaida cogió las manos de la princesa para tranquilizarlas.

—Valor, mi señora, valor —exhortó a la hermosa Juana.

Porque Juana era hermosa en todos los aspectos: en sus rasgos, en la gracia de sus movimientos y en la melodía de su voz. Era delgada, de estatura mediana y proporciones perfectas. Unos preciosos mechones entre dorados y cobrizos enmarcaban su rostro ovalado. Los ojos del color de la avellana, siempre dispuestos a chispear con inteligencia y alegría de vivir, con calidez y amor, brillaban hoy amenazados por las lágrimas. La boca, más acostumbrada a la sonrisa y la carcajada, estaba contraída de temor.

Sus damas esperaban a unos pasos.

—¿Qué tengo que hacer? —suplicó Juana—. Estoy asustada. ¿Podéis prometerme que seré feliz en Flandes? Y, si lo fuera, ¿por cuánto tiempo? Y, si no lo fuera, ¿entonces qué?

—Mi señora, nadie puede saberlo. Debemos depositar nuestra confianza en Dios.



—Espero que se apiade de mí. Mi hermana Isabel dice que quiere retirarse a un convento. ¿Creéis que debería decirle a mi madre que yo también quiero ser monja? ¡Imposible! Esa no es vida para mí. ¡Con rezar, confesarme e ir a misa ya tengo más que suficiente!

Se interrumpió al ver que sus damas se escandalizaban.

—Lo digo solamente porque Flandes está lejísimos —continuó—. ¡Todas diríais exactamente lo mismo si estuvierais en mi lugar! Pero ¿qué hago aquí entreteniéndome? Mis padres me acusarán de remolona o de desobediente.

Se levantó los faldones del vestido, hizo una reverencia, se persignó delante del tríptico empotrado en un nicho y se dirigió al Salón Rico, donde iban a anunciarle su futuro. Sus damas de compañía la siguieron, tras una brevísima pausa para santiguarse también.

Desde hacía un año, Juana tenía conocimiento de las diversas negociaciones para acordar su matrimonio con el archiduque Felipe, hijo del emperador. Pensaba, ingenuamente, que aún pasarían varios años antes de la boda, pero pronto se demostró que no sería así. Hubo continuas idas y venidas de los embajadores a lo largo de aquel año. Desde que se celebró el casamiento por poderes, ese mismo mes, y Juana firmó el compromiso de cumplir todas las cláusulas del contrato matrimonial, la inminencia de su partida era un clamor. Eso, sin contar los rumores de que una flota especial se había reunido en el norte.

Se encontraba delante de las puertas del Salón Rico. ¿Qué la esperaba al otro lado? Solo sabía que no tenía elección, que no había alternativa.

Las damas se ocuparon de colocar con mimo los mechones dorados por debajo de la cinta verde, cruzada en la coronilla de la cabeza; comprobaron la pulcra trenza que le llegaba

hasta la cintura; le estiraron el corpiño; doblaron las amplias mangas del vestido para dejar a la vista el forro de raso rojo; le enderezaron los pliegues de la falda.

Zaida sonrió y dijo:

—Mis pensamientos están con vos, para daros fuerza, aunque no esté a vuestro lado.

Juana dio un salto cuando las puertas se abrieron con un chasquido. Había llegado la hora. Su respiración se mezcló entonces con breves sollozos de dolor. Se impuso el esfuerzo de entrar en la cámara y dar los primeros pasos hacia un futuro incierto.

El salón era un fulgor de rojo, blanco y oro, de las paredes a las cornisas y los techos de madera policromada. Suntuosos tapices realzaban el esplendor. Nobles, prelados y embajadores ocupaban la Cámara del Consejo de extremo a extremo. Se había congregado prácticamente toda la corte.

Juana estaba sobrecogida. Se detuvo después de dar unos pasos, incapaz de seguir adelante.

En el otro extremo, detrás de esta formidable reunión de testigos invitados para la ocasión, la reina Isabel y el rey Fernando ocupaban sus tronos, debajo de un dosel de terciopelo granate que lucía con orgullo el escudo de España y proclamaba el poder de sus casas unidas. Los monarcas habían cambiado su sencillo atuendo diario por los encajes de oro y las prendas de raso y seda rojas.

Juana les dirigió una mirada nerviosa antes de bajar la cabeza, desesperada por esconderse de tantos ojos como la observaban. Mientras estudiaba las baldosas del suelo, de repente lo vio todo muy claro. Aquella era una audiencia de despedida. Hizo un mohín y protestó en silencio, porque esto de ninguna



manera podía compararse con los espléndidos torneos y los banquetes que se habían organizado para su hermana. ¡Qué injusto era todo! Le habría resultado mucho más fácil perderse en el bullicio de los festejos que someterse al escrutinio de tantas miradas.

La reina Isabel miró desde el fondo de la cámara y se preguntó cuánto tiempo pensaba quedarse su hija parada, con aire de encontrarse tan fuera de lugar. Empezaba a molestarle que Juana estuviera tan abrumada por la ocasión. Era lamentable que aún no hubiese perfeccionado sus modales regios y se dejara intimidar con tanta facilidad. Esta joven que agachaba la cabeza y se toqueteaba el cinturón con inquietud ¿era su hija de barbilla obstinada, la muchacha testaruda a la que poco antes había tenido que reprender con severidad?

La falta de dignidad de Juana no era la única preocupación de Isabel. A esto se sumaba su tendencia progresiva a rehuir la compañía (una costumbre alarmante, similar a la de su abuela, que la llevaba tristemente a confundir sus pensamientos). Ojalá fuera solo un síntoma de una nueva etapa de rebeldía, no precisamente rara entre las muchachas de su edad.

Juana levantó por fin la cabeza. Saludó a sus padres con una reverencia y emprendió el largo paseo hasta los tronos. Con el rabillo del ojo vio a algunas de sus amigas, entre ellas a su favorita, su tutora de latín. Sus cálidas sonrisas le infundieron el ánimo necesario para sostener la cabeza alta, hasta que vio al cardenal Cisneros al lado de su madre. Era el nuevo arzobispo de Toledo y primado de España. Juana le tenía pánico. Aquel clérigo era mucho más que la cabeza de la Iglesia; era un hombre poderoso, de inteligencia penetrante, y un incansable guardián de la fe. Tenía capacidad para influir, persuadir y guiar a la reina, incluso se atrevía a dirigirse a ella como un igual. Lo sorprendente era que ella no tomaba esta

audacia por ofensa, y eso era prueba suficiente de su poder, prueba suficiente para que a Juana le temblaran los pies antes de atreverse siquiera a mirar aquel rostro alargado y cadavérico, con los ojos hundidos. Sabía perfectamente que Cisneros se había asomado a las profundidades de su alma y había descubierto sus defectos.

Empezaron a temblarle los labios. Se arrodilló de prisa a los pies de sus padres y agachó la cabeza para que nadie viera sus lágrimas. Apretó contra el corazón desbocado su medalla de la Virgen, un regalo de su madre.

Isabel y Fernando se levantaron y bajaron juntos los tres escalones para saludar a su hija. Los dos habían cumplido los cuarenta años. Casi dos décadas de combates sin tregua para forjar una nación se habían cobrado su precio, sobre todo en Isabel, que había soportado además los rigores de seis embarazos. Ya no era la joven alta, esbelta y llena de gracia que había cautivado a Fernando. El cutis claro había cobrado un color cetrino, y el rostro alargado, con la barbilla firme, estaba hinchado y no tenía ya la misma tersura. El pelo castaño había perdido brillo y ahora siempre iba cubierto con un velo. Este día, con ocasión de la audiencia, se había puesto una pequeña corona.

Fernando había tenido mejor suerte. Sus facciones, bronceadas y curtidas en los campos de batalla, conservaban su fuerza y su atractivo. La práctica continuada de la caza y la equitación lo ayudaban a conservar los músculos firmes.

Juntos, los reyes cogieron las manos de la princesa para que se levantara. Al ver las sonrisas de sus padres, Juana no tuvo duda de que se felicitaban por el buen resultado de dos contratos matrimoniales, el suyo y el de su hermano Juan. El vínculo entre España y el Sacro Imperio Romano se había fortalecido con esta doble alianza que estrechaba el cerco sobre



Francia, la nación enemiga, y rebajaba sus ambiciones expansionistas.

Juana iba a casarse con Felipe, y Juan, con Margarita, hermana de Felipe. Gracias a los tratados redactados a raíz de estas alianzas matrimoniales, y de otros con Inglaterra, que prosperaban a buen ritmo (estos dependían de la boda de otra hija, Catalina, con el hijo del rey Enrique VII), Francia quedaría completamente cercada.

El rey Fernando tomó la palabra.

—Dulce hija, los trámites para tu boda han terminado. La espera y la incertidumbre han concluido. Te casarás en octubre y te convertirás en la esposa de Felipe, archiduque de Austria, duque de Borgoña, conde de...

Tuvo Juana que hacer un esfuerzo descomunal para no gritar a su padre, para no decirle que todo eso ya lo sabía y le daba lo mismo. Lo que quería saber, aunque lo temía, era la fecha de su partida. No podía quitarse de la cabeza la letra de una canción que parecía empeñada en burlarse de ella:

Dicen que debo casarme.

Yo no quiero esposo, no.

Una salva de cortesés aplausos llenó la Cámara del Consejo, y la voz de la reina Isabel, como si llegara de muy lejos, sacó a Juana de su ensoñación.

—Te marcharás a Flandes en julio.

El pánico se apoderó de Juana. No podía ser en julio: ¡era demasiado pronto!

—Es toda una aventura para ti, y se nos echará encima sin darnos cuenta. Tenemos que elegir a varios servidores fieles para que te acompañen. También tenemos que buscar a los sacerdotes idóneos para tu confesión y tu sostén espiritual.

Se marcharía en el plazo de unos meses, con sirvientes y sacerdotes elegidos por su madre: sus propias preferencias no contaban. Empezaba a sentir el escozor caliente de las lágrimas. Pensó en fugarse, en esconderse donde fuera; incluso en arrojarse a los pies de sus padres y suplicar que le permitieran quedarse en casa, con su familia. Por fin encontró las palabras con las que ahorrarse esta vergüenza.

—Majestades, haré todo lo que esté en mi mano por complacerlos, por ser digna de... —Se ahogaba, le dolía todo el cuerpo de desesperación.

La atención de los presentes se centró de pronto en las puertas, que se abrieron para dar paso a un joven de diecisiete años. Era Juan, un muchacho de piel clara y aspecto enfermizo, que había pasado su infancia siempre rodeado de médicos. Juan era el hijo especial en la familia, muy querido por Isabel. ¿Lo era por tratarse del único hijo varón que Dios le había dado? ¿Por lo frágil que había sido en su infancia su vínculo con la vida? ¿Por su determinación para vencer sus dificultades? Quizá fuera por su bondad, de palabra y de obra. Podía ser por una mezcla de todo lo anterior. Con independencia del motivo, para Isabel era su ángel, y siempre se dirigía a él por este nombre.

Juana observó a su hermano, menudo y frágil, que se acercaba despacio al estrado, ocultando su cojera con su andar estudiado y su túnica de terciopelo rojo. Lo quería mucho y le habría gustado ser como él, que encontraba placer en tantas cosas y se ganaba la amistad de todos. Buscaba siempre agradecer y siempre estaba alegre.

Isabel y Fernando, disciplinados diplomáticos y expertos en esconder sus emociones, no pudieron disimular la alegría al ver a su hijo.



—M-majestades. —Juan se arrodilló en los almohadones puestos a los pies de los monarcas. Se levantó y besó primero la mano de su madre, luego la de su padre.

—Queridísimo hijo, nuestro querido príncipe, tenemos buenas noticias. La archiduquesa de Austria llegará a finales de este año. Zarpará con la flota que llevará a tu hermana a su nuevo hogar, cuando regresen los barcos.

Juan estaba feliz, le brillaron los ojos y asintió con la cabeza a la vez que miraba a su alrededor, invitando a la corte a compartir su alegría.

—C-caballeros, s-señoras, ¿no es maravilloso? Pronto tendremos entre nosotros a mi esposa Margarita. ¡Q-qué afortunados somos de recibir ese t-tesoro!

Los cortesanos respondieron con una reverencia. Muy pocos lo habían entendido. Las palabras que salían de la boca del príncipe, torcida y marcada de cicatrices, eran casi ininteligibles y, para la mayoría, resultaba imposible dar sentido a sus balbuceos.

A una señal de Fernando, un plantel de trompetas y sacabuches encabezó la procesión de los portaestandartes para ocupar su puesto a ambos lados de los tronos y en los peldaños del estrado. En cabeza iba el escudo de Isabel, el haz de cinco flechas de oro sobre campo verde; detrás, el yugo de oro de Fernando, sobre campo negro. Los seguían los comandantes de las tres órdenes militares, ataviados con capas blancas, que portaban los estandartes con sus cruces distintivas. Cerraba el desfile el escudo de armas real, dividido en cuatro cuarteles que representaban a Castilla, León, Aragón y Sicilia, al que se había incorporado el fruto de la granada, como símbolo de la reciente reconquista del reino del mismo nombre.

Tras una pausa, los cortesanos desfilaron al son de los laúdes y dulcemeles para besar la mano de la familia real, ofrecer

sus felicitaciones y despedirse de Juana. Después pasaron a admirar las copias de los contratos matrimoniales, redactados en latín y francés, con los nombres de los contrayentes escritos en oro. Una orla de hojas entrelazadas mostraba la siguiente inscripción: *Et qui quispiam praevalent contra unum, duo resistan ei*. «Si uno es agredido, serán dos a defenderse...».

* * *

La ceremonia había concluido y la mayoría de los cortesanos se había retirado. Finalmente no había sido tan aterrador. Lo cierto es que Juana había disfrutado.

Fernando pasó un brazo alrededor de los hombros del príncipe Juan para llevarlo hasta la chimenea, donde ardía un alegre fuego. Allí se quedaron charlando y riendo a sus anchas, de un humor en sintonía con el vivo crepitar de los leños.

Juana esperó hasta que su madre le hizo una señal.

—Ven, hija, sentémonos un poco. —Isabel se instaló en un diván mientras Juana colocaba alrededor unos almohadones, algunos de ellos confeccionados por la reina a ratos perdidos.

—Cuéntame, madre. Cuéntame todo lo que sepas de Felipe. ¿Has vuelto a tener noticias? Recuérdame cómo es. ¿Crees que le gustaré? ¿Soy lo bastante guapa para él?

—Despacio, despacio, Juana. ¡No me hagas tantas preguntas a la vez! Siéntate y hablaremos. —Isabel esperó a que su hija se sentara cómodamente a sus pies—. Ya sabes que Felipe es alto, rubio y de ojos azules. Se ha ganado el apodo de *Philippe le Beau*: Felipe el Hermoso. Tienes un retrato suyo, Juana. Eso lo dice todo.

—Sí. —Juana cerró los ojos y se meció suavemente en su almohadón. Iba a casarse con un príncipe al que se conocía



como Felipe el Hermoso, un joven alto y apuesto, solo un año mayor que ella. ¡Ojalá pudiera estar con él en ese mismo instante! Se imaginó vestida con una túnica de seda blanca y un manto verde oscuro. Iba corriendo, con unas zapatillas de plata, por una pradera cubierta de rocío, y llevaba regalos, rosas y limones, además de una jaula de oro con pájaros cantores. Él se volvía para recibirla con los brazos abiertos.

—Cuéntame más cosas. ¿Qué hace? ¿Qué le gusta? ¿En qué destaca?

Isabel tardó unos momentos en responder. Las leyendas y los rumores que llegaban de Flandes, sobre las aventuras amorosas del príncipe despertaron una vez más su preocupación por Juana.

—Creo que se puede decir que disfruta plenamente de la vida. Le apasionan la caza, el baile y los deportes. Tiene mucho talento para los juegos de pelota. Y también le encanta pasar amenas veladas con sus numerosos amigos. —Omitió que tenía una arrogancia detestable y un temperamento exaltado y fácilmente irascible.

—Madre, debe de ser maravilloso ser tan excepcional, tan popular. ¡Y pensar que va a ser mío, todo mío! Bailo con gracia, tengo buena voz y toco bien varios instrumentos, o eso dicen mis maestros. Pero ¿de verdad soy guapa? Un hombre como él necesita una esposa guapa. ¿Soy guapa, madre?

Isabel estaba alarmada. ¿Seguía Juana sin comprender la esencia de los matrimonios entre la realeza? ¿Cómo era posible, después de tantas discusiones? La inquietaba que su inocente hija de dieciséis años aún tuviese la cabeza llena de absurdas fantasías románticas, sin duda por culpa de esos libros en los que siempre estaba enfrascada.

Sin embargo, Isabel tenía que descartar cualquier recelo sobre esta alianza. Su hijo, como heredero de España y sus do-

minios, era una pieza clave de las negociaciones; aunque a decir verdad, y esta era una verdad muy dolorosa, no gozaba de buena salud. Había que preservar la seguridad de España y reforzar su poder. Para eso era vital firmar un doble contrato matrimonial con el emperador Maximiliano, en previsión de que el de Juan acabase finalmente en nada. El emperador había rechazado a Isabel, la primogénita. A María necesitaban reservarla para posibles contingencias. Catalina, la menor, estaba prometida al príncipe de Gales. Lamentablemente, tenía que ser Juana.

Juana tiró de la mano de la reina.

—Madre, estoy esperando a que me digas si soy guapa. Tardas mucho en decidirte.

—Eres guapa de sobra, hija mía.

Isabel acarició la cabeza de su hija y, por un momento, la invadió una oleada de culpa por sacrificar al más hermoso y débil de sus corderos.

